

LA CULTURA DE LOS «TRABAJADORES» AUTÓNOMOS

Estamos acostumbrados a entender que las actividades económicas y la vida cotidiana en general se desarrollan en un mundo dominado por el capitalismo. Parece que cubra todos los rincones del mundo y que influya sobre cada una de las actividades humanas. El proceso de globalización se entiende por ello como un proceso de expansión del sistema capitalista. Así, por ejemplo, el historiador Immanuel Wallerstein habla de una economía mundial capitalista (1988; 2010), o el sociólogo Michael Mann describe en su obra *The Sources of Social Power* (2013) la globalización después de 1945 como un complejo proceso de expansión del capitalismo caracterizado por la hegemonía americana, la derrota del comunismo, el surgimiento del imperio chino y las grandes crisis de la actualidad: la recesión neoliberal y el cambio climático.

Es esa perspectiva de una globalización ordenada por el capitalismo la que orienta de forma dominante la investigación actual en las Ciencias Sociales; y no cabe duda de que se trata de una concepción útil. Pero a pesar de ello no abarca toda la realidad sociocultural y económica. Esta es mucho más compleja y no es suficiente pensar únicamente en términos de capitalismo. Basta una mirada a la misma sociedad española (que aquí nos sirve como ejemplo) y otras sociedades contemporáneas. Por supuesto que existe una producción industrial capitalista, y que determinados sectores como el financiero se pueden caracterizar indudablemente como capitalistas. Pero si se puede dudar, por ejemplo, de que el sector público sea entendible y comprensible únicamente con los conceptos que se han desarrollado para caracterizar al capitalismo y sus lógicas. Hay, no cabe duda, formas clandestinas de esclavitud vinculadas a la migración y la prostitución. Y existe un gran número de empresas pequeñas que, aunque produzcan para el mismo mercado de mercancías y servicios que las empresas

Recibido: 11-V-2017.

Versión final: 26-VI-2017.

* Salvador Cayuela Sánchez, Facultad de Medicina de Albacete, Universidad de Castilla La-Mancha. Correo electrónico: salvador.cayuela@uclm.es.

Klaus Schriewer, Facultad de Filosofía, Universidad de Murcia Correo electrónico: ks@um.es.

Sociología del Trabajo, nueva época, núm. 90, primavera de 2017, pp. 27-46.

capitalistas, se diferencian profundamente de ellas por su forma de organización y producción.

Desde unas Ciencias Sociales de lo económico que tomen en serio el paradigma de la diversidad socio-cultural, es necesario desarrollar conceptos que permitan diferenciar las diversas formas económicas dentro de una sociedad determinada, así como sus culturas cotidianas asociadas. Una aportación teórica que toma esta necesidad como punto de partida es el *Análisis de Modos de Vida*, una teoría cultural que se está elaborando desde hace más de treinta años en los países escandinavos y Alemania (Højrup 2003, Schriewer 2014). Parte esta teoría de la hipótesis que necesariamente tenemos que conceptualizar a las sociedades como ámbitos que dan cabida a varios modos de producción diferentes y que existen simultáneamente. Este modelo es una clave para pensar el cambio social, dado que es imposible pensar una transformación de, por ejemplo, el feudalismo al capitalismo sin solapamientos de por lo menos dos modos de producción (Højrup 2003). Y con todo, si se partiera de la posibilidad de tales solapamientos, de la coexistencia de modos de producción, ¿por qué no trabajamos con un modelo que permita una concepción plural de modos de producción permanentes en una sociedad? Además, constata que cada uno de los modos de producción exige condiciones específicas –tanto legales, políticas e ideológicas como socioculturales– y muchas veces opuestas a las de otros modos de producción, y que al tiempo estarían conectados con uno o varios *modos de vida*. Esta hipótesis lleva a conceptualizar la sociedad como un ámbito complejo de diferentes modos de producción y modos de vida, que se encuentran en una situación permanente de conflictos de interés, utilizando y transformando para ello el concepto de *formación social*. Así, aplicando el *Análisis de Modos de Vida* a la situación actual en España, hablaríamos de una sociedad donde hay que diferenciar –por lo menos– entre el modo de producción capitalista, la producción pública, la *producción mercantil simple* y las clandestinas formas ilegales de esclavitud. Estos modos de producción se vinculan a su vez con modos de vida como los del empresario capitalista, el inversor, el especialista y el trabajador asalariado en el caso del capitalismo, el funcionario y el empleado público en la producción pública, el «trabajador» autónomo o autoempleado en la producción mercantil simple, y finalmente las culturas laborales clandestinas que recuerdan a la esclavitud.

El propósito de este artículo es el de presentar una introducción de las conceptualizaciones del *Análisis de Modos de Vida* que –trabajando con esta diversidad sociocultural y económica–, versan sobre la cultura del «trabajador» autónomo. Ya las mismas denominaciones demuestran las dificultades que existen respecto a este grupo social. Las designaciones autoempleado (que también se utiliza en el inglés cuando se habla del «self-employed») y trabajador autónomo que aplica la legislación española, derivan de hecho del mundo vinculado con los asalariados, y no recogen lo específico de la cultura de los autónomos. Ser «empleado» significa trabajar para otra persona o empresa. Hablar de autoempleo es en este sentido una contradicción. Un autónomo no se emplea a sí mismo y por ello no compra su propia fuerza de trabajo, sino que trabaja en su propio negocio, y no como una persona que debe realizar labores que manda otra persona. El concepto «trabajador»

autónomo a su vez parece estar emparentado con el de trabajador asalariado y la clase obrera. Dado que el «trabajador» autónomo no es *solo* un trabajador en este sentido (aunque entre sus tareas laborales hay trabajos predefinidos, rutinarios y característicos para de los empleados asalariados), sino también empresario en su cualidad de propietario de los medios de producción, tal conceptualización demuestra sus problemas.

No obstante, se trata de un modo de vida que tiene un papel importante en la economía española, especialmente en los tiempos de crisis que experimentamos. Lo encontramos de hecho en los tres sectores. En la agricultura y la pesca juegan un papel crucial, en la producción artesanal y tecnificada están presentes, así como en la construcción y en la prestación de múltiples servicios como comerciantes o servicios informáticos –aunque siempre bajo condiciones específicos según la profesión en cuestión.

Para fortalecer este argumento del papel crucial del trabajador autónomo, basta con una breve consulta de la Encuesta de Población Activa española. Diferencia en la categoría de trabajadores por cuenta propia entre empleadores y diferentes figuras que se pueden vincular sin duda con la producción mercantil simple: a saber, empresario sin asalariados o trabajador independiente, miembro de cooperativa y ayuda familiar. Contamos de hecho en con más de 2 millones de personas que están dadas de alta en estos regímenes laborales (tabla 1).

Tabla 1. Trabajadores por cuenta propia en el tercer trimestre del año 2013

<i>Situación profesional</i>	<i>Ambos sexos</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Trabajador por cuenta propia: total	3.197,7	2.118,6	1.079,1
Empleador	895,2	623,4	271,9
Empresario sin asalariados o trabajador independiente	2.154,8	1.421,6	733,2
Miembro de una cooperativa	26,6	17,5	9,1
Ayuda familiar	121,1	56,2	64,9

Fuente: INE (propia elaboración).

El concepto del *modo de vida de autónomo* que se está desarrollando en el *Análisis de Modos de Vida* tiene un vínculo con el debate sobre los agricultores autónomos y la *producción mercantil simple* –concepto mencionado por primera vez por Karl Marx, y desarrollado después por autores como Karl Kautsky, Chayanov y Lenin (Cayuela Sánchez 2013)–. Este debate alcanzó su más alta intensidad en los años 1970 y a principios de los años 1980, y curiosamente se desarrollaba de manera paralela en el ámbito hispano-francés y en los países germanoparlantes, sin que existiese conexión entre ellos. A mitad de los años 1980 desaparece de manera brusca dando paso a un cambio paradigmático que pone en el foco de interés cuestiones tales como la ecología, la incorporación a los mercados globales de regiones consideradas hasta entonces aisladas, etc. Las pocas investigaciones antropológicas

que posteriormente se han realizado sobre personas que podemos caracterizar como autónomos dejan fuera de consideración el concepto de producción mercantil simple, desaprovechando de esta manera los terrenos ganados en el desarrollo teórico. Así, por ejemplo, los estudios de Paloma Gómez Crespo (1994) sobre el pequeño comercio tienen un gran valor etnográfico, pero su reflexión teórica permanece limitada a alusiones no exentas de un enorme valor interpretativo. Por otro lado, se desarrolla una actividad intensa en la investigación sociológica que bajo el lema *empresa familiar* trata la temática, pero centrada en la concepción ideológica de la familia como punto de partida, sin diferenciar entre actividades capitalistas y las propias de la producción mercantil simple, quedando así como herramienta poco apropiada para el análisis de los «trabajadores» autónomos (Monreal 2009).

Partimos aquí precisamente de este debate de los años 1980 sobre la agricultura porque permite un acercamiento creemos provechoso a las cuestiones que aquí nos ocupan. No obstante, la visión de la producción mercantil simple desarrollada hasta ahora no resulta del todo satisfactoria. La carencia básica consiste a nuestro parecer en el hecho de no haber considerado la producción mercantil simple como un auténtico y verdadero *modo de producción*. La revisión del debate agrario conduce –en el segundo apartado del artículo– hacia una reflexión sobre la conceptualización de la producción mercantil simple y el modo de vida de autónomo en el *Análisis del Modo de Vida*, y hacia el intento de construir una aportación teórica sobre la producción mercantil simple que la defina como un modo de producción auténtico (Schriewer 1993 y 1995, Højrup 2003 y 2014, Monrad Hansen 2012, Cayuela Sánchez 2013).

El concepto de la producción mercantil simple en la sociología agraria

Una breve revisión del debate agrario sobre la producción mercantil simple en los años 1970 y 1980 permite dibujar el punto de partida para este nuevo intento de establecer un concepto apropiado que dé cuenta de la cultura de los «trabajadores» autónomos.

Empezamos con el sociólogo alemán Onno Poppinga, quien en su obra maestra *Bauern und Politik* (1975) describe a los agricultores de la siguiente manera: «Los agricultores son propietarios de las tierras de cultivo, los edificios, los animales, la maquinaria, etc. Utilizando estos medios de producción el agricultor produce más allá del pequeño consumo propio sus productos como mercancías. Él mismo los consigue, a través del propio trabajo y el de los familiares. Estas características –propietario de los medios de producción, producción de mercancías y ‘propio’ trabajador– nos permiten describir a los agricultores como productores pequeños (o simples) de mercancías» (Poppinga 1975: 8)¹.

¹ Las citas en alemán se han traducido al español. Original: «Die Bauern sind Eigentümer der landwirtschaftlichen Nutzflächen, Gebäude, des Nutzviehs, der Maschinen usw. Mit Hilfe dieser Produktionsmittel erzeugt der Bauer, vom geringen Eigenverbrauch abgesehen, seine Produkte

En esta cita, Poppinga presenta los tres aspectos que suelen aparecer en la definición de la producción mercantil simple utilizada en las Ciencias Sociales Agrarias. Se introduce el carácter de una producción de mercancías, la propiedad de los medios de producción, y el trabajo de los productores en la propia empresa.

Desde la perspectiva de Poppinga, los productores simples de mercancías se encuentran en competencia con las empresas capitalistas, dado que ofrecen sus productos en el mismo mercado. Afirma, como otros investigadores (Chevalier 1982), que se debería tener en cuenta que la producción capitalista es la dominante, y que por tanto obliga a los productores autónomos a adoptar sus máximas: «el agricultor como propietario privado no capitalista de medios de producción [...] se encuentra sometido a las condiciones de la producción capitalista en una sociedad con un alto desarrollo» (Poppinga 1975: 20)². Esta competencia también les obligaría a los agricultores a acumular capital, por lo que añade: «Cada agricultor tiene que tratar de acumular la mayor parte posible de lo que él mismo ha creado como plusvalía gracias al intercambio en el mercado. El agricultor tiene que invertir, tiene que conseguir un superávit para poder ampliar la empresa» (Poppinga 1975: 20)³.

Pero como los agricultores tendrían peores condiciones en la competencia con empresas capitalistas, a menudo no podrían obtener una plusvalía. Antes o después perderían forzosamente las condiciones de su existencia. Este pronóstico era de hecho compartido por muchos investigadores de lo agrario. Así, Günther Schneider por ejemplo escribió en 1980: «se debe remarcar de nuevo que a la consolidación de la existencia de la producción mercantil simple, a largo plazo solo se le puede asignar un carácter temporal, dado que el desarrollo del sector agrario [...] tiende a una disgregación de estas relaciones productivas» (Schneider 1980: 70)⁴.

Que esta idea del fin de la producción mercantil simple impregna el pensamiento en las Ciencias Sociales se puede apreciar en una afirmación de Eckhard Rathke-Hebeler, quien habla de la «continuidad de un anacronismo» (Rathke-Hebeler 1988: 80)⁵, refiriéndose con ello a la supervivencia de la producción mercantil simple, que en su opinión debiera haberse superado hace mucho tiempo. Rathke-Hebeler no es un caso aislado en la

als Waren. Er erzeugt sie selber, durch eigene Arbeit und die seiner Familienangehörigen. Diese Merkmale - Eigentümer von Produktionsmitteln, Warenproduktion und ‚eigener‘ Arbeiter - legen es nahe, die Bauern als kleine (oder: einfache) Warenproduzenten zu charakterisieren.»

² Original: «Der Bauer ist als nichtkapitalistischer Privateigentümer von Produktionsmitteln ... in einer hochentwickelten Gesellschaft den Bedingungen der kapitalistischen Produktion unterworfen.»

³ Original: «Es muß einem jeden einzelnen bäuerlichen Warenproduzenten darum gehen, einen möglichst großen Teil des von ihm selbst geschaffenen Mehrwerts zu Akkumulationsszwecken über den Austausch am Markt zurückzuerhalten. Der Bauer muß investieren, muß Überschuß machen, um den Betrieb vergrößern zu können.»

⁴ Original: «Es muß jedoch nochmals darauf hingewiesen werden, daß der Konsolidierung von Existenzen einfacher Warenproduktion langfristig lediglich temporärer Charakter zugemessen werden kann, da die Entwicklung im Agrarsektor ... tendenziell zu einer Zersetzung dieser Produktionsverhältnisse führt.»

⁵ Original: «Kontinuität eines Anachronismus.»

sociología agraria; los científicos sociales –con pocas excepciones– no han logrado distanciarse hasta hoy del paradigma de que la producción mercantil simple sea un anacronismo pronto superado –de un modo lento pero irreversible (Cayuela Sánchez 2013).

Los cambios actuales de la agricultura con ampliaciones de empresas y concentración de la producción parecen confirmar a simple vista esta tesis del final de la producción mercantil simple. Debe plantearse sin embargo la pregunta de si tales esfuerzos (a menudo desesperados) de los autónomos del campo no deben ser entendidos más bien como nuevas estrategias encaminadas solventar –por enésima vez– las dificultades derivadas de una mala época. En este sentido, en efecto, tales esfuerzos deberían considerarse como los nuevos caminos en la producción mercantil simple, y no como un paso intermedio hacia la hegemónica producción capitalista.

La producción mercantil simple y la plusvalía

Esta concepción de una producción mercantil simple en la agricultura esconde en sí diversos problemas fundamentales. La tesis que planteamos es que las características de la producción mercantil simple no pueden ser reconocidas por la concepción sociológica de los años 1980, por trabajar esta con términos que no se ajustan a este tipo de producción, como se demuestra contemplando los conceptos de plusvalía y de propiedad de los medios de producción. Esta deficiencia terminológica conduce a que tampoco la cultura de los productores autónomos sea adecuadamente considerada.

Los investigadores que en este debate de los años 1980 usan el término de la producción mercantil simple, trabajan con la idea no declarada de que en una sociedad solo es posible un modo de producción a largo plazo, de tal forma que en la actualidad la producción capitalista, como sucede en otros sectores, también se impone en la agricultura. La producción mercantil simple como tal no tiene ningún derecho de permanencia en esta concepción. Como consecuencia de ello se la considera como un añadido de la producción capitalista, o como una forma de producción propia de una época histórica anterior, que está desapareciendo en este momento, y cuyos últimos vestigios subsistirán poco tiempo.

A la idea de que la producción mercantil simple tan solo es una manifestación pasajera y que está sometida a las leyes del mercado capitalista, se suma que no sea concebida terminológicamente como un *auténtico modo de producción*. Incluso el mismo Rathke-Hebeler, que nombra para este modelo de producción muchos de los rasgos característicos de marcada diferencia con la producción capitalista, llega a la conclusión de que con la producción mercantil simple «no se alude a un modo de producción con unas leyes propias» (Rathke-Hebeler 1988: 86)⁶.

Como la conceptualización teórica no permite concederle una autenticidad a la producción mercantil simple, tampoco se realizarán esfuerzos para

⁶ Original: «... nicht eine Produktionsweise mit eigenen Gesetzmäßigkeiten gemeint.»

definir sus características con términos desarrollados para ella misma. En lugar de ello se considera suficiente proyectarle términos genuinos de la producción capitalista. Estos términos no pueden sin embargo alcanzar el corazón de la cuestión, por haber sido concebidos para definir un tipo de producción totalmente distinta.

En efecto, el proyectar términos procedentes de la producción capitalista sobre la producción mercantil simple conlleva consigo problemas significativos, como se deja deducir de la pregunta ¿qué carácter se le atribuye a la plusvalía en la producción mercantil simple? Poppinga opina que los agricultores al trabajar para sí mismos crean su propia plusvalía: «En el caso de un hacendado capitalista la plusvalía la crean los trabajadores asalariados mientras que en el del agricultor es producida por él mismo» (Poppinga 1975: 21)⁷. Pero, efectivamente, se puede dudar sobre la pertinencia de hablar de plusvalía en este caso, dado que la fuerza de trabajo en la (forma pura de) producción mercantil simple no se compra, sino que los mismos productores la emplean en la propia empresa. El hecho que el trabajo no es una mercancía que se adquiere lleva consigo que tampoco puede haber una diferencia entre valor de uso y valor de cambio, fundamental en el concepto de plusvalía. En un sentido conceptual teórico, la noción de plusvalía está definida como diferencia entre el valor de uso y valor de cambio que solo se da en el trabajo que el trabajador vende al capitalista –o dicho de otro modo, solo se da en el modo de producción capitalista–. Hablando en términos teóricos, un trabajador autónomo –por tanto– no puede generar plusvalía porque no «explota» trabajo ajeno. Esto no significa que no genere ingresos que superan lo necesario para mantener su empresa; pero esto no debe ser considerado plusvalía. Quizá podríamos aplicar los conceptos de un trabajo necesario y un trabajo excedente, pero no en el sentido que Marx utiliza para caracterizar el trabajo remunerado en la producción capitalista. En el trabajo remunerado, el *trabajo necesario* es lo que hace generar los medios para reproducir la fuerza de trabajo, mientras que el *trabajo excedentario* es el que supera estos medios de reproducción creando la plusvalía. En el caso de los trabajadores autónomos, por el contrario, el trabajo necesario sería el que permite mantener la empresa (incluyendo la familia), mientras que el trabajo excedentario generaría ingresos que superan el nivel que permite dicha sostenibilidad. Con estas características, el factor fuerza de trabajo tendrá un carácter totalmente diferente al que tiene en la producción capitalista. Este planteamiento lleva necesariamente –aunque con esto se pueda irritar a algunos investigadores– a eliminar el concepto de plusvalía del intento de definir las características de la producción mercantil simple.

Con la pregunta sobre la plusvalía se toca el problema general, si existe un plusproducto⁸ (sin confundirlo con la plusvalía) en la producción mercantil simple, y si es acaso necesario. Considerando la conceptualización

⁷ Original: «Beim Grundeigentümer-Kapitalisten wird der Mehrwert von Lohnarbeitern erzeugt, beim Bauern vom Bauern selbst.»

⁸ El plusproducto en la terminología marxista se refiere a la parte de lo producido que supera lo necesario para la supervivencia y para mantener el proceso productivo.

teórica de la producción mercantil simple en sí, es tan solo el productor quien se adueña del producto total, y al tiempo quien tiene la potestad de devolver sus componentes a la producción. El necesario producto basta, por consiguiente, para mantener la producción. Un plusproducto no es obligatorio si atendemos a la producción mercantil simple por sí misma para garantizar un proceso cíclico. Mientras que cuando se encuentra con otros modos de producción en una sociedad estructurada puede surgir esta obligatoriedad de crear un plusproducto (que no significa que se genere en forma de plusvalía). Lo que es válido también cuando —como sucede en la sociedad actual— estas unidades productivas compiten con la producción capitalista. Los agricultores se sienten obligados en la lucha competitiva con empresas capitalistas a aumentar la efectividad de sus empresas o a desarrollar estrategias que les permitan seguir existiendo como autónomos. El querer reestructurar o hacer más competitiva su empresa puede hacer necesarias inversiones que a menudo se pueden financiar tan solo por medio de créditos. Las consiguientes demandas de intereses por parte de los bancos constituyen costes sin embargo que no pertenecen al ciclo de producción. Los agricultores deben conseguir ingresos adicionales para pagarlos. La exigencia de conseguir estos ingresos adicionales proviene pues en primera instancia de la competencia entre empresas capitalistas y los productores autónomos. La coexistencia entre producción capitalista y producción mercantil simple genera de esta manera un aumento del trabajo necesario.

Ahora bien, esto no significa en modo alguno que los productores simples de mercancías tengan que producir el producto adicional del mismo modo que las empresas capitalistas. Las mercancías de la producción capitalista y de la producción mercantil simple son llevadas al mismo mercado y compiten ahí entre sí, pero hay diferencias fundamentales entre ellas. En el precio de una mercancía de producción capitalista se incluyen el valor de cambio del trabajo según su regulación por convenio y la plusvalía, que el capitalista se apropia como ganancia. La producción capitalista solo se mantendrá en el caso de que haya una ganancia; la plusvalía es de este modo un componente obligado de la producción capitalista. Por el contrario, el precio de una mercancía de la producción simple no incluye una fuerza de trabajo comprada, y por consiguiente tampoco una plusvalía. El hecho de que el salario de una hora de trabajo en la agricultura alemana en los años 1980 se estimaba a menudo en torno a los dos marcos (Brügge-mann 1986: 118) mientras que en la industria estaba en torno a diez marcos, es una clara prueba de que la fuerza de trabajo en la agricultura se mide con un rasero diferente al usado para la producción capitalista. La fuerza de trabajo no se compra y no tiene por ello un valor de cambio y de uso; constituye tan solo el límite superior de la producción.

Otro problema resultante de la proyección de términos genuinamente capitalistas lo constituye la fórmula por la cual los productores autónomos son definidos a la vez como productores y propietarios de los medios de producción. Pero esa descripción no alcanza todas las significaciones de este modo de producción. En efecto, se ha comprobado suficientemente que esta caracterización no constituye el criterio decisivo; tan solo permite una primera aproximación. No obstante, en el caso de la agricultura puede

que esta afirmación sea a menudo acertada, pues los agricultores son por regla general también dueños de la tierra que trabajan y de las máquinas que usan. Por ello es comprensible que los investigadores no la hayan cuestionado. Sin embargo, el análisis de la economía forestal por ejemplo ha mostrado que no es suficiente la caracterización de los autónomos por medio del atributo «propietarios de los medios de producción» (Schriewer 1995). Serían clasificados en este punto como productores que poseen medios de producción propios –las motosierras y otras máquinas–, pero que sin embargo no son dueños del objeto de producción, esto es, del bosque. Con ello no se podrían diferenciar de los leñadores empleados, que son también, en la forma especial del trabajo del bosque, propietarios del más importante de los medios de producción: la motosierra. Desarrollar la producción mercantil simple basándose en estos términos prestados del modo de producción capitalista no acierta a dar, en el caso de la economía forestal, con la diferencia decisiva entre empleados y autónomos. Y podría también ocurrir que no se ajuste al caso de los pequeños empresarios en otros sectores de la economía como por ejemplo de la informática, que venden exclusivamente servicios, pero que no tienen que disponer de medios de producción propios.

Los autónomos como «híbridos» – la falta de una cultura propia

La descripción inadecuada de la producción mercantil simple con los conceptos de plusvalía y de propiedad de los medios de producción, tomados de la producción capitalista, tiene profundas consecuencias en la concepción de la cultura de los autónomos. Los agricultores son caracterizados con la proyección de los conceptos capitalistas al mismo tiempo como *capitalistas* y como *trabajadores* (asalariados) por ser, por un lado, propietarios de los medios de producción y, por otro, productores. Desde una perspectiva conceptual es una contradicción en sí misma defender que un grupo social se caracteriza por ser a la vez capitalista y trabajador. Ello conduce al dilema que constituye el que a menudo se les tenga que atribuir –como hace por ejemplo Poppinga– una «doble naturaleza de trabajador y dueño del capital» (Poppinga 1975: 34)⁹. En consecuencia, esta concepción los entiende confrontados con el dilema de deber comportarse solidariamente como trabajadores y a la vez perseguir el beneficio como aspiración suprema, esto es, como capitalistas. Poppinga afirma: «Las relaciones entre agricultores tienen designaciones diversas: como trabajador, dada la necesidad de ayudarse mutuamente de un modo solidario; como vendedor de la misma mercancía, en el mercado sujeto a la competencia» (Poppinga 1975: 145)¹⁰.

La idea de la doble naturaleza de los agricultores autónomos es una consecuencia de que no se les conceda una identidad cultural propia. Se

⁹ Original: «Doppelnatur als Arbeiter und Kapitaleigner».

¹⁰ Original: «Die Beziehungen zwischen den Bauern sind mehrfach bestimmt: als Arbeiter durch die Notwendigkeit, sich solidarisch zur Seite zu stehen; als Anbieter derselben Waren auf dem Markt durch die Konkurrenz.»

encuentran entre dos polos: trabajador y capitalista; y serán a largo plazo o bien proletarizados, o bien capitalistas. No se está tratando, pues, de una forma propia y duradera de existencia, de una cultura de los autónomos.

Del mismo modo que no se describe la producción mercantil simple como una forma de producción independiente y duradera con legitimación propia, sino exclusivamente como estado intermedio o dependiente del capitalismo, también se niega a los productores simples de mercancías una cultura propia y persistente. Al interpretarse la producción mercantil simple como *cuasi* capitalista, los productores aparecen obligadamente como híbridos en una fase intermedia.

La producción mercantil simple en el Análisis de Modos de Vida

Los problemas esquematizados han motivado a replantear el concepto de la producción mercantil simple en el marco del *Análisis de Modos de Vida*. Esta labor está vinculada con la intención de establecer la producción mercantil simple como un modo de producción auténtico que se pueda describir como un proceso cíclico de reproducción, delimitando al tiempo sus características propias. Análogamente no se describe más a los productores como híbridos trabajadores-capitalistas, sino como cultura independiente y perpetua: el *modo de vida de los autónomos*. Para garantizar esto se deben elaborar conceptos que fijan los mecanismos que permitan a los autónomos reproducir sus condiciones de existencia en la producción mercantil simple, y con ello su propia cultura.

El punto de partida en este intento de conceptualizar la producción mercantil simple y el modo de vida de los autónomos independientemente de los conceptos de la producción capitalista, es el hecho que los productores venden objetos producidos por ellos mismos o servicios propios como mercancías en el mercado. Para que su producción se pueda mantener tienen que conseguir ingresos iguales o superiores que los costes que tienen. Los ingresos dependen del precio que para el producto se pueda lograr en el mercado y de la cantidad de unidades del producto (sea mercancía material o servicio) vendidas. Para el autónomo se presentan aquí dos posibilidades de desarrollar estrategias: puede definir y en su caso conmutar el producto, o puede cambiar la cantidad de unidades que produce.

Los costes a su vez se pueden dividir en dos secciones: por un lado están los costes fijos del productor, que constituyen las condiciones previas para el funcionamiento de la empresa. Con estos se financia todo lo que hace posible el funcionamiento de la empresa. Da igual si el autónomo produce más o menos, los gastos fijos los tiene que financiar de todos modos: tiene que pagar el alquiler de su tienda, las máquinas necesarias, financiar las cuotas para la asociación profesional, el seguro social y costes similares, así como incluso alimentar a su familia y mantener la casa. Por otro lado aparecen costes resultantes de la cantidad de mercancías producidos. Se trata de los costes por unidad. Cada parte producida conlleva gastos que tan solo guardan relación con este determinado artículo: por cada zanaho-

ría recolectada, por cada pan que sale del horno y por cada piedra colocada sobre el muro se producen costes específicos.

Para asegurar la propia existencia y con ello establecer entonces los fundamentos materiales de su cultura como proceso cíclico, el autónomo debe producir tal cantidad de mercancías (productos materiales o servicios) que su venta cubra todos los gastos. Por eso se puede resumir la estructura básica de la producción mercantil simple brevemente como sigue: el resultado de la venta de una cantidad de un producto multiplicado por el precio considerado para una unidad de producto, tiene que producir los ingresos que se correspondan como mínimo con los costes fijos y los costes por unidad en función de la cantidad. Esta descripción general de la producción mercantil simple puede formularse con una ecuación, en la que el lado de los ingresos ha de ser igual o más grande que los gastos¹¹.

Si aquí se habla de ingresos que tienen que cubrir los gastos significa al mismo tiempo que no se introduce ningún concepto de plusproducto, plusvalía o ganancia como un aspecto necesario del concepto producción mercantil simple. El «trabajador» autónomo tiene que organizar su empresa de una manera que le permite introducir los elementos en el proceso de producción que le permitan seguir con sus labores sin que necesariamente produzca una ganancia más allá de ello. Esta conceptualización señala en la misma dirección que el argumento de Claude Servolin, pronunciado en el debate hispano-francés sobre la producción mercantil simple y la agricultura, que señala que en el caso de los agricultores no se trata de elaborar ganancias: «El fin de la producción no es la valoración de un capital y la obtención de una ganancia, sino la subsistencia del trabajador y de su familia y la reproducción de los medios de producción necesarios para asegurar dicha subsistencia» (Servolin 1979: 163).

La afirmación de Servolin marca el mínimo necesario para garantizar el carácter cíclico del proceso. No obstante, la ecuación no excluye la posibilidad de generar ingresos que superen el conjunto de costes fijos y costes por unidad. Un «trabajador» autónomo puede perfectamente acumular una riqueza material, si organiza su producción de una manera favorable o si introduce productos o servicios demandados que alcancen buenos precios. Lo que se quiere decir aquí es que en la producción mercantil simple no es una exigencia previa que se produzcan ingresos más allá del conjunto de los costes. Es este rasgo que produce una gran diferencia con la producción capitalista, donde la producción de plusvalía es una *precondición*: si en una empresa capitalista no es posible generar una plusvalía (en el nivel de otras empresas) se cierran sus puertas. En este sentido, la empresa del autónomo a su vez tiene un mayor potencial de resistencia a los malos momentos económicos precisamente porque no existe esa necesidad de generar un plus de beneficios.

No obstante, en una formación social en la cual la producción mercantil simple coexiste con otros modos de producción, puede darse la situación

¹¹ Thomas Højrup ha intentado expresar esta estructura básica de la producción mercantil simple en una ecuación, que dice: Precio de la mercancía x Cantidad > Costes por unidad x Cantidad + Costes fijos.

que los autónomos se vean obligados bajo ciertas condiciones aumentar la producción para poder mantener la competitividad. En este caso el producto necesario para poder mantener la empresa aumenta. Este caso se da en la formación social actual en la cual tanto las empresas capitalistas como los autónomos compiten en la venta de sus productos en el mismo mercado de mercancías y servicios. En esta situación los autónomos se pueden ver obligados a optar por estrategias empresariales que por el aumento de producción o por modificaciones del producto hacen posible competir con las empresas capitalistas (Schriewer 1995, Monrad Hansen 2012).

Las características de la producción mercantil simple y el modo de vida de autónomo se ven de un modo evidente si las comparamos con una empresa capitalista (de la variante del capitalismo que denominamos capitalismo financiero), y los modos de vida a ella vinculados. La empresa capitalista tiene que adquirir en el exterior los diferentes componentes necesarios para la producción. El capital lo aporta un inversor, el «know how» se compra a especialistas, los cuales actúan como directores o técnicos, y la fuerza de trabajo para los trabajos predefinidos y de rutina se compra a trabajadores asalariados. La empresa capitalista constituye para estos tres grupos un mero medio para conseguir sus intereses y la abandonan si ven mejores oportunidades en otra empresa. Por el contrario en la producción mercantil simple el propio autónomo aporta todos los componentes necesarios para la producción: él mismo invierte el capital, posee el saber necesario para todas las tareas de la empresa y aporta la fuerza de trabajo para las labores cotidianas. La propia empresa y solo ella le ofrece la posibilidad de aplicar estos componentes. En el modo de vida de los autónomos la empresa es por tanto no solo un *medio* sino también el *objetivo*. Por ello no está inscrito en la cultura de los autónomos dejar su empresa en situaciones económicamente difíciles, sino intentar mantenerla a flote por todos los medios.

Otra peculiaridad en esta descripción es que no se distingue entre costes privados y de empresa. Los costes fijos incluyen tanto los costes directos para la compra de máquinas, los edificios de empresa necesarios, impuestos independientes de la cantidad, así como el alquiler de la vivienda y los gastos para la alimentación de la familia. En el caso de los autónomos no se separan de una manera clara los costes privados de los de la empresa. Como comparación, en el caso de los trabajadores asalariados, los costes privados van estrictamente separados de los de la empresa en la que trabajan.

El modo de producción esbozado forma el marco en el cual el modo de vida de autónomo puede crear los medios para su reproducción. Modo de producción y modo de vida son en este sentido como las dos partes de una cremallera. Hablo aquí con precaución y consciente de una reproducción, porque esto no debe llevar a la idea de que la economía determina la cultura, tal como se deriva del modelo infraestructura-superestructura de origen marxista. La metáfora de una cremallera debe mostrar más bien que, conceptualmente, ambos lados se definen e integran mutuamente. Sobre causalidad no se ha dicho nada, y de hecho desde esta perspectiva se trata de una idea innecesaria. Modo de producción y modo de vida se complementan el uno al otro, son en un sentido hegeliano iguales y opuestos a la vez, sin que de ello se derive la necesidad de una relación causal. Un modo

de vida es una forma ideológica de reproducción que encuentra sus condiciones en las relaciones sociales adscritas al modo de producción correspondiente. En el caso de los «trabajadores» autónomos podemos dibujar algunos conceptos ideológicos que son, por decirlo así, la otra cara de las características de la producción mercantil simple.

Autodeterminación y organización temporal

Como ya hemos comentado, existe una diferencia fundamental en el trabajo en la producción capitalista y en la producción mercantil simple: En el primer caso, el propietario de los medios de producción compra el trabajo como mercancía que por ello pasa a ser trabajo asalariado, mientras que el trabajo en la producción mercantil simple (pura) se aplica en la propia empresa, lo que significa que de ello no se deriva ningún coste de compra.

El contenido de las labores que un «trabajador» autónomo realiza en su empresa es muy amplio. También esta característica se puede poner en evidencia con una comparación con las empresas del capitalismo (financiero). En esa variante del capitalismo encontramos por un lado especialistas que aportan el «know how» y la solución de problemas concretos en planificación, desarrollo, gestión, etc. Por otro lado, se contratan trabajadores asalariados que por el mandamiento de la dirección de la empresa desarrollan trabajos predefinidos y de rutina. Finalmente, tiene que haber inversores que aporten el capital para el proyecto de una empresa. Los autónomos por lo contrario realizan todas estas tareas en la propia empresa, desde la planificación, el desarrollo y la gestión, hasta la puesta en práctica concreta que por supuesto incluye los trabajos de rutina. El autónomo realiza por su propia mano todos los trabajos en su empresa. Por ello es evidente que él o ella tiene que poseer el conocimiento de todos los procesos de su empresa. Esa diferencia tiene varias implicaciones.

Una primera es que el trabajo en el modo de vida del autónomo tiene un carácter autodeterminado. Esta concepción se basa en el hecho de que es el mismo autónomo quien emplea su propio trabajo bajo sus propios criterios y en su propia empresa. No es un empresario ajeno que compra dicho trabajo, y que por ello puede mandar sobre la forma en la que este se debe realizar: es el mismo autónomo quien define cómo, cuándo y con qué medio quiere llevar a cabo las tareas. En términos de la teoría marxista se pudiera decir que es el dueño de las fuerzas productivas, y con ello del propio proceso productivo. Mientras que el asalariado está bajo orden y control de la dirección de la empresa, el «trabajador» autónomo organiza y gestiona su propio trabajo, respondiendo únicamente ante sí mismo.

Esta noción de un trabajo autodeterminado es crucial en el mundo conceptual del modo de vida de autónomo. En el trabajo de campo con «trabajadores» autónomos se puede oír a menudo manifestaciones y reflexiones que recogen esta idea, siendo quizá la más frecuente el querer ser su «propio jefe».

El carácter de trabajo como algo que no es mercancía tiene también una implicación temporal que se puede explicar atendiendo a los valores y co-

metidos del trabajador asalariado. La venta del trabajo asalariado conduce a la división del día de estos productores entre un periodo de trabajo determinado por la empresa (el comprador de tiempo), y en otro espacio que es autodeterminado por el propio trabajador asalariado. Por este motivo nos hemos acostumbrado a hablar de «tiempo libre», una denominación que nace con la formación de la clase obrera en el proceso de industrialización. El trabajo del autónomo obedece a una lógica opuesta, pues en su cultura no se ha cimentado tal separación: dado que no vende su fuerza de trabajo a otros sino que la emplea en la propia empresa bajo su también propia dirección, el lapso de tiempo en el que trabaja no viene por tanto determinado exteriormente. Al estar los periodos de trabajo y de no-trabajo determinados por ellos mismos, esto es, por esto autónomos, en el día no se diferencian tiempos opuestos. La separación entre trabajo y tiempo libre, característica del trabajo asalariado, está ausente en la forma de vida de los autónomos. Es por ello que en el caso de los autónomos, trabajo y no-trabajo deben definirse de otro modo.

No obstante, los autónomos practican también actividades típicas del tiempo libre, o mejor dicho del ocio: juegan a las cartas como los trabajadores asalariados, dan paseos, o visitan el bar local. Estas actividades no parecen por cierto tan opuestas al trabajo en los autónomos como en los trabajadores asalariados, y no constituyen tampoco la esencia propia de su vida cotidiana.

Los autónomos pueden organizarse independientemente su tiempo y regular su intervención según las necesidades que consideren inmediatas en cada tarea. No necesitan medir su trabajo con un determinado cupo de horas, puesto que es más importante alcanzar el rendimiento necesario para mantener su empresa a flote. El delimitar el nivel de este rendimiento depende no solo de las oscilaciones de temporada y coyunturales, sino también de las diferentes estrategias que los autónomos elijan para imponerse frente a la competencia de las empresas industriales y de otros autónomos. No tienen que cumplir con las ocho horas al día como los trabajadores asalariados, pues su jornada de trabajo se mide con el aporte de un rendimiento suficiente que posibilite el sostenimiento de su existencia como autónomo. Esta *medida* que determina la jornada tiene de hecho en algunos idiomas su propia denominación. Así, por ejemplo, en el alemán se habla de «Tagewerk», y en danés de «dagsværk», términos que se puede traducir al español como «tarea diaria» o el «objetivo del día».

Las oscilaciones en cuanto a la duración de la jornada de los «trabajadores» autónomos se pueden observar fácilmente. A menudo desempeñan trabajos de organización cuando han terminado la jornada propiamente «laboral», o de trabajo rutinario si se quiere; después de cerrar la tienda o después de volver del lugar donde desempeñan su trabajo. Es en este momento cuando se realiza el mantenimiento de las herramientas, se organizan los materiales para la próxima jornada, o se atiende a los libros de contabilidad. Los sábados e incluso los domingos, se pueden convertir fácilmente en días laborales para muchos autónomos.

Los ejemplos mostrados ilustran que la labor de los «trabajadores» autónomos se puede prolongar durante todo el día y hasta los fines de semana.

Con ello no se quiere caracterizar a los «trabajadores» autónomos como «más laboriosos» en comparación con los trabajadores asalariados. Queremos señalar más bien que el trabajo puede repartirse por todo el día en el caso de los autónomos porque su jornada no está dividida en dos esferas esencialmente diferentes. Autores como Brüggemann y Riehle han descubierto el mismo fenómeno en el caso de agricultores, caracterizándolo acertadamente como «omnipresencia del trabajo» (Brüggemann 1986: 113)¹².

Responsabilidad y libertad

Un concepto estrechamente relacionado con la idea de la autodeterminación es el concepto de *responsabilidad* que tiene un carácter específico en el modo de vida de autónomo. Es evidente que una persona que determina su trabajo no puede tener un concepto de responsabilidad que se limite al desarrollo adecuado de una tarea concreta en la empresa como sucede en el modo de vida de los asalariados. El concepto de responsabilidad del autónomo tiene que ir necesariamente más allá de la realización de tareas concretas incluyendo la gestión de la empresa y su planificación futura. También en un sentido temporal la responsabilidad difiere entre el modo de vida de asalariado y el modo de vida de autónomo, dado que en el primer caso la responsabilidad acaba con el fin de la jornada diaria, mientras que en el modo de vida del autónomo no se puede decir que la responsabilidad termine en cierto momento; por lo contrario, dado que el trabajo autodeterminado es el objetivo en el modo de vida de autónomo, y puesto que la jornada no está limitada de una manera clara, no es posible abandonarla cuando se acaba un supuesto «horario laboral».

Este concepto de responsabilidad corresponde con la diferencia del concepto de libertad entre autónomos y trabajadores asalariados. En el modo de vida del asalariado, la libertad está vinculada con el tiempo libre, porque es en este espacio de tiempo cuando un asalariado puede decidir sobre sí mismo, cuando no está bajo instrucciones y es libre de la responsabilidad de las tareas de la empresa. En el modo de vida de autónomo, el concepto de libertad se vincula directamente con la asunción de responsabilidad y por ello con el trabajo. Esta acentuación de libertad y responsabilidad propia en el trabajo, encuentra su expresión en la ideología según la cual cada uno forja su propio destino.

La participación de la familia en el trabajo

El hecho de ser propietario de los medios de producción y de aplicar la propia fuerza de trabajo en la empresa propia, no solo provoca la falta de separación entre trabajo y tiempo libre, sino que además trae consigo que no haya una diferencia clara entre lo laboral y lo privado. En un sentido

¹² Original: «Omnipräsenz der Arbeit».

económico significa que no se da una separación clara entre la economía de la empresa y la economía privada. Las dos forman un conjunto y un medio manipulable en el intento de mantener la vida como autónomo.

La gestión de la empresa es por ello solo una forma de garantizar el funcionamiento de la misma. También puede utilizar los gastos privados para fines empresariales. Así, el autónomo o su pareja pueden intentar reducir los costes de la vida familiar por medio de una buena contabilidad privada, un autoabastecimiento más elevado u otros ahorros en el consumo de la familia, para conseguir una repercusión directa en la empresa. Esto puede tener un significado existencial especial, por ejemplo, cuando se hayan hecho mayores inversiones en maquinaria y la situación financiera sea precaria.

Respecto a la relación entre trabajo y vida privada se da una situación diferente a la de los asalariados especialmente evidente en el caso de autónomos casados. Mientras que la familia de un trabajador asalariado no tiene ningún contacto con el trabajo y se sitúa más bien en el tiempo libre, en el caso del modo de vida de autónomo la familia puede estar vinculada e implicada directamente en el trabajo. Desde la industrialización se produce para los asalariados una separación también espacial entre el lugar de trabajo y el lugar donde se realiza la vida privada. Los hijos de los asalariados no suelen conocer los contenidos y el espacio de trabajo de los padres. A diferencia de ello, el trabajo del trabajador autónomo puede, según el sector, desarrollarse en el mismo lugar donde vive la familia y, además, los hijos suelen conocer y a menudo participar en labores de la empresa. Hombre y mujer no forman solo un matrimonio «sentimental», sino que pueden constituir también una comunidad de trabajo. El antropólogo danés Thomas Højrup habla de la familia en este sentido como una «unidad de producción» (2003). En la sociología agraria española se utiliza de hecho el concepto de la «pequeña producción familiar» para describir este fenómeno (Bretón Solo de Zaldivar 1993). Y también el concepto sociológico de la empresa familiar señala en esa dirección, aunque –como ya he comentado– no facilite herramientas que permitan analizar lo característico del modo de vida de autónomo, sino más bien de empresas capitalistas.

Las diferentes estrategias de los autónomos

La ecuación descrita anteriormente para la producción mercantil simple contiene diversos factores que los autónomos pueden usar para consolidar su existencia. Una condición previa es que mantengan el equilibrio incierto entre los ingresos de la venta de las mercancías y los gastos. Tan solo así pueden garantizar su reproducción, su supervivencia, y con ello salvaguardar su cultura. De este modo, partiendo de los diferentes factores de la ecuación se pueden desarrollar diferentes estrategias:

Una primera estrategia más común está relacionada con el tiempo de *trabajo* invertido. Para el autónomo, el trabajo es el factor que puede manipular con más facilidad. Así, aumentando el número de horas puede subir el número de unidades de mercancía producidas. Esto lleva consigo que los

gastos fijos se reparten entre una cantidad más elevada de unidades, y en consecuencia a gastos menores por unidad. Esta primera estrategia se funda en un rasgo característico de la producción mercantil simple: a saber, que el trabajo no constituye ningún factor de coste. Para el autónomo es una variable perfectamente manipulable, pues no está obligado de tenerla en cuenta en sus cálculos. La única limitación del trabajo se encuentra en el aguante físico y psíquico de las personas. Es por ello que el límite superior de la capacidad de producción en este modelo producto es tan maleable como la propia capacidad del autónomo. Ahora bien, esto no significa que los autónomos trabajen siempre al límite de sus posibilidades. Es muy común entre los autónomos la estrategia de aumentar la jornada para así subir la cantidad de mercancías producidas en momentos de bajada de precios, por ejemplo.

En el caso de que esta estrategia no sea posible por estar ya la empresa sobrecargada o haber orientado sus productos a un mercado saturado, les queda a los productores la posibilidad de variar el *producto* mismo. Así, pueden ofrecer un producto modificado o uno enteramente nuevo. De este modo se obtienen por ejemplo en los últimos años muchos «nuevos» productos en la agricultura que prometen mayores rendimientos: huevos y carne de animales criados al aire libre, productos que ocupan nichos comerciales (lamas y avestruces pertenecen a los exóticos), y sobre todo mercancías ecológicas (Aguilar Criado 2010). Otra posibilidad consiste en modificar el producto de modo que los siguientes pasos de elaboración sean llevados a cabo en la misma empresa. En este sentido, por ejemplo, la venta directa de los productos propios que se ha observado en los últimos años en la agricultura es un ejemplo del «perfeccionamiento» del producto. Por lo demás, con la elaboración posterior del producto los autónomos pueden pretender el objetivo de conseguir un mejor precio individual.

Vinculado a esta estrategia es la mercantilización del producto, Salvador Cayuela Sánchez describe en un análisis de los agricultores de la uva de mesa en la localidad de Totana (Murcia, España), que se pueden diferenciar tres caminos diferentes (Cayuela Sánchez 2013). Unos agricultores se decantan por la opción cooperativista, cultivando la uva tradicional de la zona, conocida como Dominga. Otros han elegido colaborar con una gran empresa de exportación que les vende plantas de variedades patentadas, comprando más tarde sus cosechas hasta ahora a un precio aún lucrativo para los agricultores. Un tercer grupo de agricultores han optado por la venta anual en el mercado libre o en el mercado local y regional. Este ejemplo demuestra también, que una estrategia muchas veces presenta un conjunto de medidas que afectan al mismo producto, su producción y elaboración, así como a su comercialización.

Otro instrumento de los autónomos es el de mantener los *costes fijos lo más bajos* posible. Significa que el autónomo decide no invertir en maquinaria apostando por una producción menos tecnificada o especializada. Evita así comprar herramientas nuevas, y especialmente no gasta en máquinas más productivas y eficaces. Un aspecto de la estrategia de bajos costes puede consistir en la reducción al menos de un modo temporal del propio consumo privado, o de complementar este con una economía de subsisten-

cia. El intento de mantener la capacidad de competencia puede consistir en una estrategia opuesta que acepta *elevados costes fijos* para conseguir producir a un nivel técnico lo más elevado posible. Invertir en máquinas nuevas suele permitir o aumentar la cantidad o poder afinar la mercancía, pero en efecto aumenta los costes, al menos inicialmente.

Estas estrategias se pueden observar perfectamente en los diferentes sectores donde actúan «trabajadores» autónomos. En estudios sobre autónomos del sector forestal, Klaus Schriewer observa que se manifiestan distintos tipos de estrategias mediante las cuales los autónomos intentan mantenerse en el mercado (Schriewer 1995). Con ellos pretenden, por un lado, modificar los factores –precio, producto y cantidad–, y por otro costes de la empresa, y todo ello de diferentes modos. Así, si observamos las distintas formas del producto podemos diferenciar a los llamados «empresarios del salario», que tan solo ofrecen servicios de plantación, tala y transporte de la madera, de los «empresarios por cuenta propia», que compran al propietario del bosque la madera que ellos mismos trabajan y venden. Con ello tienen la posibilidad de perfeccionar nuevamente el producto. El surtido de productos alcanza desde la madera en rollo, hasta productos cortados por ellos mismos, desde varas para guiar judías procedentes de reforestaciones primarias con abeto rojo, hasta maderas nobles para fabricantes de instrumentos musicales. Echando un vistazo a los costes, se pueden diferenciar pequeñas empresas unipersonales, que trabajan con costes mínimos, frente a los de empresas forestales que asumen costes mayores. Las primeras prefieren aparatos moto-manuales relativamente baratos como la motosierra, que producen un coste para todas las herramientas que suele rondar los 2.000 €. En cambio, las últimas invierten en máquinas caras como la cosechadora llamada Harvester, con costes que superan los 300.000 €. Con estas máquinas alcanzan un alto rendimiento que supera el de un trabajador con motosierra por diez, repercutiendo en una reducción en los costes por unidad. Por lo demás, mientras que los trabajadores del bosque que utilizan aparatos manuales como la motosierra suelen buscar y encontrar trabajo en el ámbito local, las empresas mecanizadas con cosechadoras, por el contrario, tienen que trabajar a nivel regional e incluso nacional.

Poder aplicar y transformar estas estrategias exige una cultura de trabajo con un mundo conceptual específico que se puede reconstruir a partir de la estructura de la producción mercantil simple.

Conclusión

El concepto de la producción mercantil simple y la forma de vida de los autónomos, diseñado por el *Análisis de Modos de Vida*, puede en efecto aportar valiosas indicaciones que permitan analizar las condiciones de existencia para esta cultura, y al tiempo poner de relieve las estrategias de los autónomos en cada uno de los sectores de la economía. En la actualidad se aplica por ejemplo en el análisis de los cambios que se producen en la pesca (Højrup y Schriewer 2012), un sector que experimenta una gran transformación producida en el contexto de las directrices de la Unión Europea, y

las aplicaciones que cada uno de los Estados miembro realizan de ellas. En este punto, por ejemplo, los pescadores autónomos eligen estrategias que no parecen obedecer a la racionalidad económica capitalista, al preferir seguir como autónomos aunque sus condiciones empeoren cada vez más. Los conceptos de modo de producción mercantil simple y de modo de vida de autónomo permiten entender los patrones culturales que motivan a los pescadores a actuar en defensa de su forma de vida, y además permiten elaborar panoramas políticos que tengan en cuenta las características específicas de esta cultura.

Bibliografía

- AGUILAR CRIADO, E. y LOZANO CABEDO, C. M. (2010), «Natural, tradicional y de la tierra. La promoción de la calidad agroalimentaria en los nuevos espacios rurales andaluces», en *Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza*, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 126-139.
- BERNSTEIN, H. (1986), «Capitalism and Petty Commodity Production», en *Social Analysis: The International Journal of Social and Cultural Practice* 20, pp. 11-28.
- BRETÓN SOLO DE ZALDIVAR, V. (1993), «¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista», en *Noticiario de Historia Agraria* 5, pp. 127-159.
- BRÜGGEMANN, B. y RIEHLE, R. (1986), *Das Dorf. Über die Modernisierung einer Idylle*, Campus, Frankfurt/New York.
- CAYELA SÁNCHEZ, S. (2013), «Estrategias de supervivencia y modo de vida de autónomo. Un análisis socio-antropológico sobre tres casos en la agricultura murciana», en *Gazeta de Antropología* 29, n.º 1, artículo 11.
- CHEVALIER, J. (1982), «There is nothing simple about Simple Commodity Production», en *Studies in Political Economy* 7, pp. 89-124.
- CHRISTENSEN, L. R. y HØJRUP, T. (1989), «Strukturel livsformanalyse», en *Nord Nytt* 37, pp. 53-91.
- FRIEDMANN, H. (1978), «Simple commodity production and wage labour in the American plains», en *The Journal of Peasant Studies* 6, n.º 1, pp. 71-100.
- GÓMEZ CRESPO, P. (1994), *El papel económico y social del pequeño comercio: Un modelo de análisis*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- HØJRUP, T. (2003), *State, Culture and Life-Modes. The Foundations of Life-Mode Analysis*, Ashgate, Aldershot.
- HØJRUP, T. y SCHRIEWER, K. (2012), *European Fisheries at a Tipping-Point / La Pesca europea ante un cambio irreversible*, Editum, Murcia.
- HØJRUP, T. (2014), «Life-Mode Analysis – a contextual explanation / Análisis de los modos de vida – una explicación contextual», en K. Schriewer y S. Cayuela Sánchez (ed.), *Anthropological Perspectives. Tools for the Analysis of European Societies / Perspectivas antropológicas. Herramientas para el análisis de las sociedades europeas*, Editum, Murcia/Münster, pp. 217-265.

- KAUTSKY, K. (1970), *La cuestión agraria: estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, Ruedo Ibérico, Paris.
- MACEWEN SCOTT, A. (1986), «Introduction: Why Rethink Petty Commodity Production», en *Social Analysis: The International Journal of Social and Cultural Practice* 20, n.º 3, pp. 3-10.
- MANN, M. (2013); *The Sources of Social Power: Globalizations. 1945-2011*, Cambridge University Press, New York.
- MONRAD HANSEN, K. (2012), «Simple Commodity Production and the Self-Employed Life-Mode – an Important Culture for the Near-Shore Fisheries/La producción mercantil simple y el modo de vida del trabajador autónomo. Una cultura de importancia para la industria pesquera costera», en K. Schriewer y T. Højrup (ed.), *European Fisheries at a Tipping-Point /La pesca europea ante un cambio irreversible*, Editum, Murcia, pp. 135-171.
- MONREAL MARTÍNEZ, J. et al. (Ed.) (2009), *La gestión de las empresas familiares: un análisis integral*, Thomson Reuters-Civitas, Madrid.
- PONGRATZ, H. (1987), «Bauern – Am Rande der Gesellschaft? Eine theoretische und empirische Analyse zum gesellschaftlichen Bewusstsein von Bauern», en *Soziale Welt* 38, n.º 4, pp. 522-544.
- PONGRATZ, H. (1991), «Bäuerliche Tradition im sozialen Wandel», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 43, n.º 2, pp. 235-246.
- POPPINGA, O. (1975), *Bauern und Politik*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main, Köln.
- RATHKE-HEBELER, E. (1988), *Staatliche Agrarpolitik – Politik für wen? Ein Beitrag zur Analyse politischer und ökonomischer Einflussfaktoren und Bestimmungsgründe agrarpolitischer Entscheidungen*, Peter Lang, Frankfurt, Bern, New York, Paris.
- SCHNEIDER, G. (1980), *Zur politischen Ökonomie des Agrarsektors*, Pahl-Rugenstein, Köln.
- SCHRIEWER, K. (1993), *Die strukturelle Lebensformanalyse. Ein Beitrag zur volkswissenschaftlichen Theoriediskussion*, AVK, Marburg.
- SCHRIEWER, K. (1995), *Waldarbeiter in Hessen. Kulturwissenschaftliche Analyse eines Berufsstandes*, AVK, Marburg.
- SERVOLIN, C. (1979), «La absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista», en M. Etxezarreta (ed.), *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Servicio de Publicaciones Agrarias, Madrid, pp. 149-195.
- SMITH, G. (1985), «Reflections on the social relations of simple commodity production», en *The Journal of Peasant Studies* 13, n.º 1, pp. 99-108.
- WALLERSTEIN, I. (1988), *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, Madrid.
- WALLERSTEIN, I. (2010), *Maurice: El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, México DF.